

Hasta que la noche termine

Te levantas temprano, te lavas los dientes, la cara, te peinas. Y cuando te miras al espejo te preguntas si hoy el virus te va a encontrar. Te dices que no, que eso ahorita no puede afectarte, que el dinero te falta a ti y a tu familia. Y piensas en tus hijos, en como ríen despreocupados ante el panorama que está viviendo el mundo. Sales sin mucha emoción de tu casa, subes al microbús y observas a la gente que hay a tu alrededor, y todos tiene la misma mirada de preocupación que tú. Te observas las manos, te acomodas el tapabocas y pagas el pasaje. Te quedas sentado a un lado de la ventanilla de siempre, esperando el fin del trayecto.

Después entras al metro y está casi vacío. Por muchos años soñaste con encontrarlo así, para irte sentado y recuperar el sueño que tienes que perder todos los días. Pero no tienes ganas de dormir. La poca gente, las mismas miradas te hacen sentir el corazón en un puño, como si alguien lo estuviera apretando.

Llegas al trabajo Materiales eléctricos García, pero no hay gente esperando a que tú abras como regularmente ocurre. Y piensas que no los han clausurado porque la electricidad es indispensable para que todo “siga” tranquilo. Si no hubiera luz... te preguntas ¿Cómo estaría todo? ¿Habría saqueos? ¿El mundo estaría a punto de morir? No hay nadie, la calle sigue vacía pero tu tienes fe de que vas a vender algo, de que esta semana te vas a salvar de que no te corran como a Ricardo, como a José, como a Beto. Tu eres el único que queda en la tienda junto al patrón. Un señor grande que ya ni siquiera puede trabajar, pero trabaja para no cansarse de sí

mismo, para no aburrirse con las historias que ha vivido y todos los días te repite como si nunca te las hubiera contado.

Has vendido tres focos, un apagador y tres metros de cable. Quieres llorar, pero no puedes. Te metes al baño. Te vuelves a lavar las manos. Hueles el gel antibacterial y piensas que los hospitales son demasiado pequeños para almacenar a todo el mundo, para curar a la mayoría.

Llega la hora de la comida. En tu pantalón sólo se esconden diez pesos y cinco en la tarjeta del metro. Te pregunta la de la cocina que vas a comer. Tú le dices que te diga el menú para hacer tiempo, para fingir que no se te antoja nada antes de decir que no, porque tus diez pesos no son suficientes. Entonces te mira don Rodolfo viejo, cansado, sonriendo. Sospechando que no traes nada. Pide lo que quieras muchacho, ya te lo descontaré de tu aguinaldo si es que aún vivimos.

A los pocos minutos llega el caldo de pollo. Y piensas otra vez en el maldito virus. En el maldito virus y si la gente se lavó bien las manos, limpiaron el pollo, si alguien no estornudo... pero te persignas para intentar protegerte, para ver si tu fe puede incrementar tu sistema inmunológico. Y limpias la cuchara con una servilleta y das el primer bocado. Masticas. Piensas en tu familia, en lo que comen, en lo que comerán pasado mañana, en lo que comerán dentro de un mes si es que don Rodolfo te despide. Si es que se cansa de espera a que esto acabe.

No hay nada más, terminas de comer. Barres otra vez la calle, esa calle que no tiene basura, que no tiene ni siquiera colillas de cigarros porque hasta los fumadores tienen miedo de morir.

Vuelves a tu banquito. Vendes otros 3 focos más y una lampara. Van menos de trescientos pesos. Menos de lo que ganas en dos días. Menos de lo que don Rodolfo te paga por pura caridad, pero no dices nada y te quedas tranquilo hasta que llega la hora de salida y regresas al metro y ves a todos con sus caras apagadas, con la angustia de sostenerse de los tubos del vagón. Llegas a tu casa. Ahora tus hijos no pueden correr a tus brazos, ni tu mujer besarte. ¿Qué hiciste de comer? Le preguntas por costumbre, pero no tienes hambre. El miedo hace que tu estomago esté lleno de preocupaciones.

Te desinfectas las manos antes de irte a bañar rápidamente. Terminas y echas media botella de cloro en el piso y las paredes para que lo que te haya perseguido se muera ahí. Y ya tus hijos corren a abrazarte, tu mujer te besa. Pero estas cansado de vivir así, de tenerle miedo a algo que no puedes ver y que está acabando con el mundo.